

IGLESIA: EXCLUSIÓN Y VISIBILIZACIÓN: MIGRANTES, TRATA Y TRÁFICO DE PERSONAS, REFUGIADOS, ETC.

P. Marco Tulio Recinos Torres, C. Pp. S.*

* Pertenece a la Congregación de Misioneros de la Preciosa Sangre. Nació en la aldea de Chimusinique, Guatemala, el 18 de febrero de 1953. A la edad de 30 años ingresó al Seminario de los Misioneros de la Preciosa Sangre de Jesús. Estudio filosofía y teología en la Universidad Rafael Landívar de los padres Jesuitas. Fue ordenado presbítero el 6 de abril de 1991. Ha participado en diferentes misiones como la Prelazia do Xingu, en Brasil y en San Miguel de Tucurú, Guatemala. Realizó el taller para acompañantes en el Centro de Espiritualidad ICE_CEFAS de los jesuitas. Fue electo director de la Misión Centroamericana de los Misioneros de la Preciosa Sangre. Es Vicario de pastoral de la Diócesis de la Verapaz. Ha participado en los Congresos de Teología organizados por Amerindia, de la cual hace parte. Ha animado el Proyecto de las Santas Misiones Populares. Actualmente es miembro de la Junta Directiva de CONFREGUA.

¹ Hernández, David, *Guatemala: país de origen, tránsito y destino para la trata de personas*, Plaza Pública. 2015.

El Señor le dijo:

“He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado para librarlos de los egipcios” (Ex 3, 7-8).

1). Ubicación

“La ubicación estratégica de Guatemala dentro de la región Mesoamericana favorece condiciones de especial vulnerabilidad para hombres y mujeres (guatemaltecos, centroamericanos, sudamericanos y extracontinentales) en torno a la existencia de redes de trata a lo largo de corredores de internación en el país rumbo a México” (Plaza Pública)¹ Es desde este lugar que compartiré con ustedes la reflexión testimonial, en relación con este tema.

Actualmente, vivo en el departamento de Huehuetenango, Guatemala, América Central; es uno de los corredores por donde transitan miles de migrantes, hombres y mujeres, procedentes de diferentes países del mundo, especialmente, de América Central, América del Sur y otros continentes, los cuales se dirigen hacia los Estados Unidos, en busca

del “sueño americano”. He tenido la oportunidad de viajar y conversar con muchos migrantes, he encontrado varios refugiados que, al no poder llegar a su destino, deciden quedarse en las ciudades fronterizas entre Guatemala y México. Al escuchar sus historias, sus sueños y sus sufrimientos, he visto en sus ojos el dolor que llevan en el alma. Esto me lleva a recordar el pasado y la memoria vuelve a mi adolescencia y juventud; pues viví en carne propia la exclusión, marginación, migración. Años más tarde comprendí: *“que el mayor dolor que produce la pobreza es la destrucción de la persona... las lágrimas no representan solamente lo que no se tiene, expresan lo que se pierde, la dignidad humana, el autorreconocimiento como persona y el hecho de quedar expuesto ante los otros como alguien que no vale, que no cuenta”*².

He escuchado con atención las palabras del Papa Francisco cuando dice que; *“memoria, oración y misión no deben separarse”*. Pues hacer memoria de lo que hemos vivido, negativo y positivo nos hace bien. No olvidar nuestros orígenes y nuestra historia, nos

hace bien, nos ayuda a no caer en superficialidades. Así cuando nos ponemos de rodillas para entrar en relación y comunicación con este Dios Padre-Madre, lo hacemos desde esta realidad histórica, recordamos rostros y nombres de personas que hemos encontrado en el camino. Pues, tenemos conciencia de que somos seres existenciales, con cuerpo y espíritu, así nuestra oración se convierte en una experiencia mística existencial, que nos lleva a encontrarnos con nosotras/os mismas/os, con Dios y con nuestras/os hermanas/os. En esta experiencia de encuentro y de escucha, salimos con el corazón en fiesta para llevar *“la alegría del Evangelio”* a las *“periferias existenciales de la vida”*. Misión no es volar a las alturas o atravesar mares o subir montañas; sino salir al encuentro de nuestras/os hermanas/os para abrazarlos, llevarles esperanza, y sanación. De esta manera, ellas/os mismas/os pueden rescatar su dignidad y valores que consideran irrenunciables que les permita vivir de manera plena; según el sueño de Dios. *“Yo vine para que tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10, 10)*.

² Carrasquilla, Federico M, *Escuchemos a los pobres, aportes para una antropología del pobre*, Bogotá, 2015.

Visibilizar a las y los excluidos

Hace años escucho hablar de los pobres, de su miseria y exclusión. Se han escrito grandes tratados teológicos sobre este tema. Se han dado definiciones sobre quiénes son los pobres. ¿Pero todos estos estudios y reflexiones teológicas han cambiado la suerte de estas personas? Recuerdo perfectamente cuando por los años 80, participé en un Congreso sobre “teología y espiritualidad de la liberación”. Estaban presentes, Don Pedro Casaldáliga, Don Sergio Méndez Arceo y otros teólogos prominentes de América Latina; en una de las reflexiones alguien dijo: *“debemos preguntarnos si tantas reflexiones teológicas, misas, rezos, y otros, han ayudado a mejorar la situación de los pobres de América Latina”*.

Pasaron más de 30 años y hoy vemos con dolor e indignación que la situación de los pobres ha empeorado. Al viajar de la capital de Guatemala a Huehuetenango ciudad fronteriza con México, veo decenas de personas, *“mojados”* como llaman aquí a los migrantes; en el transcurso del trayecto me acerco a dialogar.

- Les pregunto ¿de dónde vienes?

- Ellos: *“de El Salvador, Honduras, Nicaragua, Ecuador, Brasil, Nepal, entre otros”*

- ¿A dónde viajas?

- Ellos: *“para el norte, para el otro lado, para los Estados Unidos”*.

Sí, personas con diferentes nombres, pero con el mismo destino. Muchos son reservados, guardan silencio por miedo. Soy testigo de cómo la Policía los bajan de los buses y los extorsionan, les quitan el dinero y luego los dejan seguir el camino, esto sucede en repetidas ocasiones.

- Les pregunto: ¿por qué dejas tu país y tu familia?

- Responden, *“porque en mi país no hay trabajo, hay mucha pobreza, mucha violencia, mucha corrupción, no hay oportunidades de salir adelante, y otros. Además, yo sé que si consigo llegar voy a ayudar a mi familia, voy a construir mi casa, les voy a dar educación a mis hijos...”* testimonio: *“Nosotras somos hondureñas. Salimos por Corinto y venimos aquí, a Petén. Íbamos para el Norte, pero unos muchachos nos*

ofrecieron trabajo a mi hermana y a mí (...) al principio fue muy duro... nunca nos imaginamos haciendo esto, pero ya nos acostumbramos y ganamos buen dinero. Mandamos remesas de lo que ganamos acá (...). Cuando uno es pobre tienen que sufrir, porque no tiene otra cosa que hacer. Mis papás no saben a qué nos dedicamos. Nosotras siempre les decimos que aquí está mejor la situación y que estamos bien, pero nada más. No sabemos cuándo vamos a regresar”³.

Estas son las historias que se escuchan una y otra vez de las personas que dejan su lugar de origen en busca de un destino mejor.

Ante estas respuestas, vienen a mi mente los sueños y anhelos que llevaba en mi corazón cuando tenía entre 15 a 20 años. Soñaba con ser alguien en la vida. Platicábamos con mis hermanos y hermanas, nos hacíamos preguntas: ¿por qué tanta pobreza? ¿por qué tanta desigualdad? ¿por qué algunas personas viven en casas bonitas y nosotros en esta desgracia? Pero quizá nuestro mayor do-

lor era la destrucción psicológica que se produjo en nuestra personalidad. Nos sentíamos seres inferiores, que no valíamos nada. Nos daba vergüenza ir a fiestas, a la Iglesia, porque no teníamos ropa, ni zapatos para entrar ahí. Venían a mi mente tantos pensamientos, tenía sueños, anhelos. Constantemente me decía: tengo que salir, tengo que irme lejos, quiero estudiar, quiero prepararme y un día volveré para que mi familia tenga una vida más digna. A los 20 años dejé mi aldea, mi familia y me fui a la capital; no fue fácil, pero encontré amigos y logré estudiar con muchos sacrificios. Un día me fui al seminario, me formé, me hice misionero. Volví no con títulos, dinero, vehículos, ni mansiones, volví con la riqueza mayor: con los ojos, los oídos y el corazón abierto. Había cambiado mi mente y corazón. Ahora tenía conciencia de cuál era la causa de tanta exclusión y marginación, fue motivo de inspiración para que otros lucharan por su liberación.

Lo que quiero decir es que, las causas de la migración, la trata y tráfico de personas, entre otros; son la pobreza, la injusticia, la exclusión y actualmente la co-

³ Hernández, David, *Guatemala: país de origen, tránsito y destino para la trata de personas*, Plaza Pública, 2015.

rrupción. Los sistemas políticos perversos que gobiernan nuestros países, roban descaradamente el dinero del pueblo, que podría cubrir el empleo digno, la educación, la salud y la vivienda de tantas personas. Sin embargo, lo que continúa a motivar es el anhelo de tantas personas que desean vivir una vida digna, que en sus regiones o países les es negado. Hay una búsqueda de felicidad, un deseo de poder tener lo necesario para experimentar aquí y ahora una mejor condición de vida como lo soñaba Jesús. “Yo vine para que tengan vida y una vida plena” (Jn 10, 10).

Visibilizar

“He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos” (Ex 3, 7). Para poder visibilizar la tragedia que viven miles de hermanas y hermanos, es urgente conocer su realidad, pero para comprender hay que bajar, caminar, abrir los ojos del corazón. Es impresionante que en la Biblia aparezca más de 100 veces la palabra corazón, sin contar las otras palabras relacionadas, misericordia, ternura, compasión, entre otras; porque para poder mirar, no bas-

ta tener los ojos abiertos. Ya lo decía el salmista: “... *tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen,*” (Sal 115, 4-6). Exactamente eso nos puede pasar a nosotras/os también; nos convertimos en ídolos cuando caminamos por nuestras calles como ciegos, sordos y mudos. Cuando no somos capaces de visibilizar el sufrimiento de aquellos que caminan a nuestro lado. Por esa razón el Papa Francisco nos invita a caminar “delante del pueblo, en medio del pueblo, atrás del pueblo”. Nos pide ser “pastores con olor a oveja”.

El problema es pensar que estas palabras, hayan sido dirigidas solamente a los obispos, presbíteros, religiosas y religiosos. No, esto lo dijo para todos los que formamos esta Iglesia pueblo de Dios. “Esta Iglesia en salida misionera, esta Iglesia pobre y para los pobres”. Para visibilizar a los pobres y excluidos de la tierra, (indígenas, afrodescendientes, mujeres, niños, ancianos, etc.) necesitamos poner los pies en la tierra, acercarnos a ellos, hacernos como ellos, comprenderlos, con entrañas de misericordia. Es necesario dejarnos conmover por su sufrimiento, pues desde el corazón brotan los sentimientos

más profundos y las opciones más nobles, proyectos, sueños, profecías, deseos de ser más humanos, etc. El corazón es la brújula que nos orienta por donde debemos andar, cual el lugar desde donde debemos visibilizar a los excluidos de la tierra, “los crucificados de la historia” (Leonardo Boff).

Es verdad, hemos hablado mucho de los pobres, hemos rezado mucho por los pobres y ellos son el motivo de nuestras conversaciones, encuentros, reflexiones, obras de caridad. Pero hasta ahí. Nos cuesta asumir sus causas ¿qué pretendemos con tanta reflexión? Ojalá sea la manera de relacionarse Jesús con el pobre, su proyecto de persona y de sociedad y su manera de entender la liberación del pobre⁴.

Antes de escribir estas líneas hice una visita a la Mesilla, ciudad fronteriza entre Guatemala y México, donde vive el mayor número de refugiados que ya no pudieron continuar el viaje hacia el norte. Encontré personas de diferentes países y culturas. Muchos sin poder hablar el español, otros pidiendo limosna para poder volver a sus países o para sobrevivir.

Allí hay también, una casa del migrante que intenta darles abrigo y alimentación para que el dolor y el sufrimiento se hagan un poco menos pesados.

Me acerqué y pregunté a algunos: ¿qué pasó? ¿de dónde eres? Con la desconfianza reflejada en sus rostros algunos me devolvían la pregunta: “¿quién es usted?”; me presenté como sacerdote de la Iglesia Católica, esto ayudó a cambiar el ambiente y terminaron contándome su historia. “soy ecuatoriano, mi sueño era llegar al norte, pero el coyote me abandonó y me quedé aquí perdido; ahora no tengo un centavo para volver a mi país y el gobierno de Guatemala dice que tenemos que ser un grupo grande para repatriarnos. Por el momento, estoy viviendo y trabajando aquí, vendiendo algunas cosas; llevo dos años aquí, con la esperanza de poder pasar.” La mayoría dijeron: “la migra nos agarró”, “los coyotes nos abandonaron” “no tenemos cómo volver a nuestros países de origen y estamos aquí esperando una oportunidad. Le estamos pidiendo a Dios que nos eche una mano. Aquí la gente nos ayuda, no nos han dejado solos”.

⁴ Carrasquilla, Federico M, *Escuchemos a los pobres, aportes para una Antropología del pobre*, Bogotá, 2015.

Encontré gente que lleva de 5 a 10 años viviendo como refugiados. Algunos consiguieron esposas, esposos. Pero en su rostro se ve la tristeza, la angustia, el dolor de estar lejos de su tierra, de sus familias. Viven de la caridad de la gente del lugar. Algunos están en las drogas, en el narcotráfico, la prostitución y otros en trabajo del campo. Bajar y acercarse, permite visibilizar la tragedia humana *“he bajado a librarlos de los egipcios”*. Tenemos que mirar desde Jesús, *“porque lo original de Jesús no fue que haya optado por el pobre y que haya luchado por la liberación del pobre, sino que Él mismo se haya hecho pobre y que haya propuesto ser pobre”*⁵.

Trata y tráfico de personas

Caminado por las calles céntricas de la ciudad de Guatemala, encontré un grupo de señoritas de la región norte de Guatemala, algunas de la Parroquia que atendía; al percibir mi presencia comenzaron a correr asustadas, entraban en algunas casas, bares, pero una de ellas se quedó y me saludó. Le pregunté ¿qué haces aquí? ¿por qué huyen tus compañeras? Me dijo: *“¡ah padre! te voy a decir la verdad: una mujer*

y dos hombres llegaron a nuestras comunidades para ofrecernos trabajo, usted sabe que allá no hay trabajo y yo quiero trabajar para ayudar a mis papás que son muy pobres, usted sabe y conoce nuestra realidad. Pues bien, nos vinimos 10 compañeras con ellos para la capital, pero al llegar aquí era mentira, nos engañaron y ahora estamos trabajando en estos lugares”. ¿Y de que están trabajando? Le indagué; se le llenaron los ojos de lágrimas y me dijo: *“me da vergüenza decirte porque sé que es pecado lo que estamos haciendo, estamos trabajando de prostitutas. Ves aquel hombre que está allá en la esquina, él es nuestro patrón. Tenemos miedo de huir porque nos amenaza que nos va a matar. Cuando vamos a nuestras casas mentimos a nuestros padres, les decimos que estamos trabajando en casas, de empleadas domésticas y que estamos estudiando. Queremos huir, pero tenemos miedo”* (testimonio).

Podemos hacer reflexiones profundas, congresos, análisis, entre otros; pero esta es la realidad sobre la trata y tráfico de personas. Esta es una muestra de lo que viven cientos, miles de personas,

⁵ Ibid.

jóvenes, hombres y mujeres engañados con ofrecimiento de trabajo que caen en estas redes de tráfico y comercio de seres humanos.

Este es el drama de nuestras ciudades y de nuestra sociedad. Hoy más que nunca necesitamos mirar a Jesús, tener sus sentimientos (Flp 2, 5) y sus opciones, para intentar curar las heridas y ayudar a que las personas se liberen de este sistema diabólico que las somete a la opresión y a la esclavitud. Necesitamos ofrecerles el agua de la liberación, de la dignidad, de la valentía, para que sus derechos y su dignidad sean respetados. No podemos seguir hablando de Jesús a espaldas de la tragedia que viven miles, millones de seres humanos. *“salgamos aprisa al encuentro de la vida, para escuchar a Dios ahí donde la vida clama”*⁶. Hemos escuchado, gritado y rezado. ¿Pero y qué? Hay una sed de búsqueda de felicidad en el corazón de muchos hombres y mujeres; el anhelo de la realización de sus proyectos y de sueños. Hoy sabemos que la riqueza no es sinónimo de felicidad, lo que importa es tener un trabajo, una casa, salud y educación dignos. Salir por las calles con la frente en alto, porque los bienes mate-

riales que poseen son fruto de su trabajo. Veía con inmensa alegría a un grupo de señoras *pokonchies* tejiendo *wipiles*, (blusas del traje maya) y luego se iban a los mercados para venderlos y comprar lo que necesitaban para vivir dignamente. “El trabajo nos dignifica y nos levanta la autoestima” decían, con una sonrisa en el rostro.

¿Por qué comparto con ustedes estas experiencias? Porque son muchos años, muchas luchas y nada cambia. Algunos religiosos preguntan: ¿quiénes son los pobres? ¿dónde están los pobres? ¿quiénes son los excluidos? Nos hemos vestido con los trajes de los pobres, pero sin vivir como ellos, es difícil asumir sus causas. Además, se nos pide visibilizar a los migrantes, a los que sufren el negocio de la trata y el tráfico de personas. La lista de excluidos es interminable. Muchos viven a la vuelta de nuestras casas. Necesitamos tener ojos y corazón para visibilizarlos, pero luego de eso ¿qué?.

Estoy convencido de que desde nuestras “jaulas doradas” será difícil, ya que no se distinguen mucho de las casas de los explotadores. Usamos cadenas y candados, con letreros que dicen:

⁶ CLAR: Horizonte Inspirador de la Vida Consagra en América Latina y El Caribe, 2015-2018.

“no pase perros bravos”. Vivimos lejos de los pobres. Esto dificulta entender el sufrimiento de los excluidos, es necesario bajar y comprender su vida. “Sueño con una Iglesia en salida misionera” nos ha repetido muchas veces el Papa Francisco: “sueño con una Iglesia pobre y para los pobres”. ¿Alguien estará escuchando este clamor que sale de lo más profundo del corazón del Papa Francisco? Algo más ¿escuchamos a Jesús?: “*El espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido para que dé la Buena Noticia a los pobres; me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos y para proclamar el año de gracia del Señor*” (Lc 4. 18-19)⁷.

Jesús se siente enviado a cuatro grupos de personas: los pobres, presos, ciegos y oprimidos. Son a los que lleva dentro de su corazón y le preocupan. La Iglesia es de los que sufren. Si no son ellos, ¿quiénes nos preocupan, de qué nos estamos preocupando? y la Vida Consagrada de Améri-

ca Latina y el Caribe de quién se preocupa?⁸. “La trata de personas no es solamente un crimen, es también una grave violación a los derechos humanos, que no afecta únicamente a las víctimas directas, sino que va más allá, repercute en el entorno cercano a estas, en sus familias, en sus comunidades y, fundamentalmente, en su país y en la humanidad en general. Constituye una práctica que reduce al ser humano a la condición de objeto o mercancía que se compra o se vende”⁹.

Necesitamos tener una mirada diferente en relación con los excluidos. “La primera mirada de Jesús no se dirige al pecado de las personas, sino al sufrimiento que destruye sus vidas. Lo primero que toca su corazón no es el pecado, sino el dolor, la opresión y la humillación que sufren hombres y mujeres. Nuestro mayor pecado consiste precisamente en cerrarnos al sufrimiento de los demás para pensar solo en el propio bienestar”¹⁰. Como dijo don Pedro Casaldáliga hace ya algunos años, “el problema de muchos cristia-

⁷ Carrasquilla, Federico M, *Escuchemos a los pobres, aportes para una Antropología del pobre*, Bogotá, 2015.

⁸ Pagola, José Antonio, *El camino abierto por Jesús*, 5ª Edición, PPC, editorial y Distribuidora, SA, Madrid, 2014.

⁹ David, Hernández, *Guatemala: país de origen, tránsito y destino para la trata de personas*, Plaza Publica, 2015.

nos radica en que andan como cadáveres bautizados caminando por las calles, ciegos, sordos y mudos, preocupados en nuestros pequeños mundos y nos olvidamos de que el mundo es mayor”.

¹⁰ Pagola, José Antonio, *El Camino Abierto por Jesús*, 5ª Edición, PPC. Editorial y Distribuidora SA. Madrid, 2018.